

En memoria de Silvina

Noemí Ulla

«Me gusta el azul, me gustan las uvas, me gusta el hielo, me gustan las rosas, me gustan los caballos blancos. Yo comprendí que mi felicidad había empezado, porque en esas preferencias podía identificarme con Paulina».

ADOLFO BIOY CASARES, *En memoria de Paulina*.

Con Silvina Ocampo nos hicimos amigas de inmediato, casi por instinto. Ella lo supo primero. Más reservada, fui tímida al principio en demostrarle afecto. Ella en cambio, cuando sólo nos habíamos visto una o dos veces, y brevemente, me llamó a los pocos días de la muerte de su hermana Victoria para preguntarme si lo sabía. Tiempo después comprendí la mano amistosa que me había tendido.

Recuerdo de Silvina la voz y la pregunta «¿Cómo estás?», que no venía sólo del hábito cortés del saludo. Si la respuesta «bien» no la convencía, tenía una especie de explorador de verdades en el oído atento –agregaba: «No, no estás bien». Era inútil ocultarle alguna perturbación, ya nos conocíamos muy bien.

Había nacido en Buenos Aires en 1903, en la calle Viamonte 550, hija menor de Manuel Ocampo y Ramona Aguirre. Contrajo matrimonio con Adolfo Bioy Casares en 1940, el mismo año de la publicación de la *Antología de la literatura fantástica* que ambos prepararon con Borges, el común amigo y testigo del casamiento. Murió en Buenos Aires el 14 de diciembre de 1993.

En la sala de la casa, ante los hermosos jarrones llenos de ramas de eucaliptus que sobre la chimenea el espejo hacía reinar con gracia, nos sentábamos a veces a conversar. Allí me hizo conocer el misterio de esos ramos, estrujando algunas de sus hojas: «Sólo el eucaliptus macho produce tan agradable aroma». Nos unía también el amor por los árboles y las flores. Las dos, en ciudades y tiempos distintos, habíamos crecido jugando en los jardines de las barrancas: Silvina en San Isidro, en las del Río de la Plata; yo en Rosario, en las del Paraná. Conocíamos los nombres de infinitas flores, pero ella había estudiado mucho más al detalle árboles y plantas. Tanto

Silvina como su hermana Victoria fueron expertas en ellos, y esto las llenaba de orgullo. Un bellissimo homenaje a la naturaleza ofrecen cuentos y poemas. Entre los últimos, «Todos los árboles», «Todos mis metros a la naturaleza» y «Los árboles de Buenos Aires», incluidos en *Amarillo celeste* (1972).

Hacia 1980 trabajábamos con Borges en la corrección de unos poemas y solíamos prolongar el encuentro hasta tarde. Muchas veces los Bioy nos invitaban a comer y Silvina se ponía muy contenta al vernos; si era verano, vestía una camisa de tela fresca de Adolfo –así le decíamos familiarmente–, y como en ese tiempo traducía a Emily Dickinson, hacía preguntas a Borges sobre algunas palabras del inglés cuya precisión en español presentaba dudas. Confiaba muchísimo en él y era muy agradable aquella escena donde los dos amigos opinaban, discutían, perseguían el ajuste semántico de la palabra por traducir. Sin embargo, durante la comida Silvina estaba casi siempre callada, mientras los demás, Bioy, Borges y yo hablábamos, hasta que en algún momento su voz enérgica afirmaba y se contraponía a algo con lo que estaba en desacuerdo. Aún tengo en el oído el rumor de aquellas conversaciones en las que los amigos apuntaban alguna curiosidad sobre la vida literaria. Preocupado por el *déjà-vu*, Borges conversaba una noche con Bioy durante la comida, internándose en la profundidad del tema, conjeturando sobre las posibilidades del mismo, con reflexiones que imponían un nuevo cuestionamiento a plantear. Silvina parecía estar ajena a tal cuestión, aunque ella misma había dado tantas veces distintas respuestas y aproximaciones al respecto, en poemas y en cuentos.

¡Con cuánta pena recibió Silvina la noticia de la muerte de Borges! Recuerdo especialmente un mediodía en que el silencio nos había reunido para compartir ese dolor. Su hija Marta reparaba en nosotras, acompañando con cuidados y atenciones nuestra tristeza, nuestro anonadamiento, en la mesa puesta para el almuerzo de dos personas, Silvina y yo, que apenas podíamos hablar, porque las lágrimas interrumpían el intento de decirnos algo. El poema que escribió sobre su amor por Borges en 1973 (y hoy incluido en *Poesía inédita y dispersa*)¹ «Homenaje a Jorge Luis Borges», bien demuestra todo lo que significaba el poeta y el amigo, en el recuerdo de Rossetti, de Quincey, Lope, Darío, las discusiones sobre Shakespeare y Baudelaire, Emerson, Wilde, Poe, Almafuerde. Y luego la diferencia final, para aquellos que por pereza suelen aún identificar la poesía de Silvina

¹ *Silvina Ocampo, Poesía inédita y dispersa, selección, prólogo y notas de Noemí Ulla, Buenos Aires, Emecé, 2001.*

Ocampo con la de Borges o comparan privilegiando en exceso una u otra, siendo poetas a quienes sólo algunos recursos estilísticos comunes y cierto aire contextual de sus compartidos hábitos culturales pueden engañar como iguales en una lectura a primera vista. Silvina misma definió esa diferencia, con modestia y firmeza:

Nunca te ha empalagado la poesía
y ella como una lumbre te acompaña;
a mí suele dejarme en las tinieblas.

De los géneros literarios que practicó, y con más frecuencia que en los cuentos, creo que es en la poesía donde desnuda mayor intimidad. El verso, la medida, la rima consonante o asonante parecen dar rienda suelta –por contradictorio que se estime– no a su imaginación, que nunca la abandona, sino a la necesidad de mostrar su fibra íntima y a contradecir lo que la tradición clásica le pide. Siguiendo diversas versificaciones, durante el extenso período de su producción poética, se atreve a burlar la «institución literaria», ya que de esa manera y bajo la apariencia de continuarla o respetarla, desarrolla temas, motivos, escenas originales y prohibidas o casi prohibidas, con la intensidad que la revelación discursiva le exige. Sería reiterativo ejemplificar o testimoniar esta aserción, pero a modo de breve muestra recuerdo buena parte de *Lo amargo por dulce* (1962) o de *Amarillo celeste* (1972), libro de poemas éste último que actúa como bisagra dentro de su generosa obra poética, ya que en él inicia un parcial desprendimiento de la rima. Señalaré algunos poemas antológicos de ambos libros, que bien representan el discurso de la intimidad al que me he referido, respetando sin embargo la clásica medida de la versificación: «Acto de contrición», «Morir», «La casa natal» (de *Lo amargo por dulce*), «Amor con amor», «Amor», «A mi infancia». «El duelo», «El jabón», entre otros de *Amarillo celeste*, y el soneto «A España», que incluí en *Poesía inédita y dispersa*. Con rima libre, «El caballo blanco» presenta una curiosa evocación de la infancia en compañía de sus hermanas. La primera persona no juega a la ilusión autobiográfica: suele asumir la biografía misma. Pero esto no implica un valor, no se trata sólo de observar que se refiera al sujeto de la enunciación coincidente con el sujeto del enunciado literario; tanto en la primera como en la tercera persona, se observa en la poesía mayor carnalidad de los sentimientos que en la narrativa.

En muy contadas ocasiones hablaba de su padre o escribía sobre él. La protagonista frecuente de sus poemas fue la madre, como en los «Sonetos del jardín» (de *Enumeración de la patria*, 1942), «La sombrilla» (inédito

hasta la selección que realicé para *Poesía inédita y dispersa*, 2001), «Los árboles de Buenos Aires» (*Amarillo celeste*), donde es notoria la voluntad de recordar y poetizar la figura de la madre, tan ligada a la «madre» naturaleza. Sin embargo la figura del padre aparece solitaria, extrañamente evocada, podríamos decir, en «Muerte de mi padre» (poema que creí indispensable incluir en *Poesía inédita y dispersa*, 2001). Con el habitual gusto por la enumeración y el placer de lo descriptivo, recurso que para Philippe Hamon² la poética reserva a lo didáctico, Silvina Ocampo embellece y distingue sus poemas más íntimos, y en éste dice del dolor existente en la casa paterna ante el sufrimiento del padre:

El caluroso enero entre persianas frías
mostraba con pasión su filo iluminado
y miré con asombro sintiéndome una extraña
las plantas, los espejos, los retratos, las sillas,
los ancestrales géneros, las frescas esterillas,
la lustrosa quietud trémula de la araña
como si yo a mí misma entre objetos me viera
desertando lo humano. Sin duda me enajena
de un modo misterioso, imperioso, la pena
y me vuelve insensible como un mármol cualquiera.

En el cuento «Autobiografía de Irene» y en el poema homónimo, aparece la figura paterna con todo el ímpetu y la fuerza de los sentimientos. ¿Son en este texto los clásicos endecasílabos pareados que utilizaron Lope y Alarcón, los que le permitieron salir del motivo de la madre tan añorada? Por contraste, la madre en este magnífico poema se presenta un tanto desdibujada, y el relieve lo lleva la figura del padre.

«Como siempre», poema con rima libre de los últimos años –de esos años en que fue dejando el soneto que tanto había practicado, al que llamaba «jaula» a causa de la métrica³, para olvidar la elección de las tradiciones clásicas– descubre la historia de un viejo desacuerdo con su hermana Victoria. Tanto la distancia afectiva como los buenos recuerdos de la

² Philippe Hamon, Introducción al análisis de lo descriptivo, *Buenos Aires, Edicial, 1991. Sobre el uso de la enumeración como recurso en Silvina Ocampo, véase mi estudio «Construcción de una poética en la exaltación de la patria: Sara de Ibáñez y Silvina Ocampo», en La mujer en la república de las letras, coord. Maryse Renaud, Centre de Recherches Latino-Américaines/Archivos, Université de Poitiers, 2001, p. 197-203.*

³ Noemí Ulla, Encuentros con Silvina Ocampo, *Buenos Aires, de Belgrano, 1982, p. 83.*